

MANUEL DE ARQUER CLADELLAS

El día 23 de agosto falleció en Barcelona nuestro gran amigo, Manuel de Arquer Cladellas, a la edad de 92 años, después de un lento ocaso que fue privándole sucesivamente de todos aquellos dones naturales con los que había forjado en su plenitud esa personalidad activa, idealista y generosa, dispuesta a aportar su ayuda y su esfuerzo en múltiples actividades y empresas, en las que descolló siempre por su energía, entrega y eficacia.

Doctor Ingeniero Industrial, dedicó sus primeras actividades profesionales a una industria de carácter familiar: del plomo y sus derivados. Fue luego, durante 20 años en Madrid, Consejero Delegado de la más importante empresa del plomo de nuestro país, destacándose como la más relevante personalidad nacional en dicho ramo. Los siguientes años volvió a residir en Barcelona, su ciudad natal, y hasta los 82 de edad se ocupó de nuevo de la industria familiar. Cuando las limitaciones de su avanzada edad le habían privado ya de su capacidad de acción, tuvo que presenciar pasivamente el demoledor vendaval económico que provocaron la crisis del petróleo y la transición política de nuestra patria, que destruyeron en pocos años esas industrias levantadas por tres generaciones, y que todavía en 1975 aparecían como una potente esperanza.

Dios le conservó hasta sus últimos días gran lucidez de espíritu y una intensa vida espiritual. Y así, nuestro amigo fue primero desprendiéndose de todas sus capacidades físicas y sucesivamente de todos sus bienes materiales; inmoción que él aceptaba con resignación y gran espíritu cristiano. Cuando iba yo a visitarle, me parecía como una llama votiva ofrecida a la misericordia de Dios; como una oración viva de renunciamento y caridad.

Fue amante del deporte náutico, capitán de yate, tiene el número 2 como socio fundador del Club Náutico de Barcelona; entusiasta navegante. Lo mismo podemos decir de otras actividades deportivas, figurando como uno de los iniciadores y fundadores del Club de Campo de Madrid.

Una fundamental característica de Manuel de Arquer era su apertura espiritual, su interés por cuanto le rodeaba, su receptividad por las inquietudes ajenas, su culto por la amistad. Su rastro está sembrado de acción, de iniciativas, de entrega, cordialidad y buena fe.

Lo mismo ocurre —y es lo más excelso de su personalidad— en el ámbito espiritual: miembro de las Conferencias de San Vicente Paúl, Celador del Apostolado de la Oración, de intensa vida espiritual.

Conocí en el año 1943 al Padre don Ramón Orlandis Despuig, S. I., Director del Apostolado de la Oración en Barcelona, fundador de *Schola Cordis Iesu*, entidad en la que agrupó a un núcleo de relevantes universitarios, conducidos por su sabiduría y por su alma de apóstol a sobresalir en el estudio de las ciencias sagradas y humanísticas bajo la redentora advocación de Cristo Rey. Su enseñanza era sugestiva, movilizaba los corazones y las inteligencias de esos discípulos incondicionales, entre los que destacaron algunos nombres de ilustres catedráticos de la Universidad de Barcelona. Era, para mí, como una versión paralela a Eugenio Vegas de quien yo había recibido una profunda y análoga orientación. De su encuentro resultó la creación de una célula de *Schola Cordis Iesu* en Madrid con los amigos de Eugenio Vegas, bajo la presidencia del padre Caballero, Capellán legionario, Medalla Militar individual ganada en heroicas acciones de caridad en el frente, y Director del Apostolado de la Oración en Madrid, y de la cual Manuel de Arquer fue un elemento destacado.

De regreso a Barcelona, Arquer fue Vice-Presidente durante quince años de *Schola Cordis Iesu* y Presidente —de 1963 a 1970— del Consejo de Administración de «Publicaciones *Schola*, S. A.», propietaria de la Revista *Cristiandad* y órgano de expresión de aquella entidad, asumiendo personalmente una pesada carga económica que permitió la supervivencia de la Revista en unos años difíciles; corrió, asimismo, con los gastos de diversas publicaciones de difusión del pensamiento católico, y entre ellas la obra del Padre Enrique Ramiere, *Las Esperanzas de la Iglesia*, obra fundamental y actualísima para el estudio teológico de la Historia.

Parecido impulso de colaboración y entrega tuvo Manuel de Arquer desde los inicios de los amigos de la Ciudad Católica. En 1963 ingresa como socio de la nueva entidad *Speiro*. Y en el mismo año tradujo y pagó íntegramente la publicación de un interesante trabajo de más de 200 páginas, de Jean Madiran,

aparecido bajo el título *Críticas a la Ciudad Católica*, en el que se analizan y combaten las críticas surgidas en Francia y otros países en los difíciles años iniciales de este movimiento cultural y espiritual, y en el que se trata de los temas fundamentales que son objeto de estudio.

Participó activamente en Barcelona en las reuniones de una célula de estudio que se reunía primero en mi casa y después en el Círculo Ecuéstre, y a la que asistían Floretino Vegas Lapatie, hermano de Eugenio, Ingeniero y Abogado, José M.^a Sánchez de la Parra, Ingeniero naval, el propio Manuel de Arquer, Javier de Montoliu y Augusto de Muller, los tres Ingenieros Industriales, José M.^a del Pozo, Comandante de Ingenieros, Manuel Jordán Solano, Inspector de Hacienda y gran apóstol mariano, y, en ocasiones esporádicas, José M.^a de Muller, José Quintana Miquel y algún otro. Pero fallecidos prematuramente Florentino Vegas y José M.^a del Pozo, trasladado Manolo Jordán a Madrid y sujeto yo a una larga crisis de salud, esas reuniones se fueron diluyendo.

Fue él quien organizó en su totalidad la VII Reunión de amigos de la Ciudad Católica celebrada en la Balmesiana de Barcelona a partir del día 2 de noviembre de 1968, que resultó especialment concurrída.

Incansable hombre de acción y alma generosa, asumió también, con Marcelino Coll (Agente de Cambio y Bolsa de Barcelona), la iniciativa de adquirir una casa en Caldas de Estrach (Barcelona) —lugar de su residencia veraniega— para que se organizaran las escuelas parroquiales de dicha población.

¿Cuántas habrán sido las iniciativas de su generoso impulso y de su eficaz actividad? Los hombres son grandes no por lo mucho que tienen o atesoran, sino por lo mucho que dan. Manuel de Arquer se dio a sí mismo. Para hombres de su temple y generosidad dijo Jesús estas consoladoras palabras: *Ven, siervo bueno y fiel, entra en el gozo de tu Señor.*

FRANCISCO DE GOMIS Y CASAS.